

Nicolás Díez

Una fábula sueca

AdN

*... lo que ya no existe o solo existe en el recuerdo
o en las conjeturas ahora está allí, encima de nosotros
iluminando las montañas y la nieve
y no podemos hacer nada para evitarlo.*

Roberto Bolaño

Este libro contiene una historia de ficción inspirada en sucesos reales publicados en prensa local a finales de los años noventa. Más allá de la información aparecida en dichas notas periodísticas, el resto del relato que aguarda tras esta página proviene únicamente de mi imaginación.

El autor

«Putas y brujas». Esa fue la primera referencia que Gabriel tuvo de ellas, unos meses antes de que todo ocurriera. Fue a través de los albañiles que habían contratado para hacer una pequeña obra en el jardín. Ingrid y él habían decidido instalar un aseo junto a la piscina, algo pequeño donde poder ir al baño o quitarse el cloro sin tener que atravesar toda la casa dejando aquellos irritantes senderos de gotas y pisadas. Así que se pusieron en contacto con una empresa de reformas que les había recomendado Michael, un vecino inglés con el que de vez en cuando salían a pasear por la zona montañosa que se levantaba tras la urbanización, y la obra empezó dos semanas después de la fecha de inicio que le habían prometido.

Fue al segundo o tercer día de trabajo, mientras los albañiles se tomaban un descanso y se comían aquellos bocadillos de tres palmos que acompañaban con un litro de cerveza que bebían directamente de la botella y a los que seguían un par de cigarros. Un cúmulo de nubes veloces bajaba de la sierra y empezaba a atravesar el pueblo, dejando el jardín en una especie de penumbra irreal. Gabriel bajó para charlar un poco con ellos, básicamente para preguntarles cómo iba la obra, plazos, dificultades y demás, más que nada porque Ingrid le había encargado que

los tuviera controlados. Pero el capataz, un tipo recio y velludo, de bigote, cuello y manos descomunales, mientras apuraba su litro de cerveza y fumaba mirando extrañado hacia las nubes, como el chamán que espera una revelación de algún dios de nombre imposible, sacó a las primeras de cambio el tema de que Ingrid, la mujer de Gabriel, era sueca.

—Su mujer es sueca, ¿verdad? —preguntó en cuanto Gabriel se puso a su lado, apoyándose sobre el muro exterior de la casa.

—Sí —contestó él—. Es sueca, pero ya lleva muchos años aquí.

En cuanto terminó esa frase, Gabriel pensó en que con ese «pero» parecía intentar excusarla de algún tipo de acusación y barajó la posibilidad de hacer alguna aclaración, pero el capataz no le permitió defender a su mujer de lo que fuera que se la estuviera acusando porque continuó diciendo que en La Umbría, el pueblo donde estaba la sede de la empresa de reformas, también había unas suecas. Lo dijo tal cual:

—Allí también hay unas suecas, ¿sabe?

Gabriel asintió con indiferencia, intentando dirigir de una vez el tema hacia la obra, pero el capataz continuó, diciendo con cierto regusto sarcástico y oscuro:

—Todo el mundo las conoce. A las suecas, ¿sabe?

Y ante un nuevo «ajá» indiferente de Gabriel, que ya pensaba en rendirse y subir a casa a seguir trabajando, aquel tipo con manos de coloso y sonrisa oscura, sonrisa del barroco tardío, de pintura negra de Goya, de gótico sureño, de soldado yugoslavo, apagó el cigarrillo en una jardinera, cerró con parsimonia la botella de cerveza enros-

cando el tapón rojo que entre sus manos parecía un minúsculo dedal, y le proporcionó a Gabriel los dos primeros datos sobre ellas, unos meses antes de que todo ocurriera:

—Son putas, las suecas. —Hizo una pausa, miró de nuevo al cielo y finalmente se giró hacia Gabriel para decir—: Y brujas, ¿sabe?

Gabriel no dijo nada más. Posiblemente hiciera algún gesto confuso, pero decir, no dijo nada. Dándose la vuelta, el capataz echó definitivamente a andar con aire pesado hacia las cajas de azulejos que se acumulaban bajo la buganvilla, atiborrada de flores de un color violeta sanguíneo, y Gabriel lo escuchó musitar una última frase, una especie de oración jaculatoria que parecía poner fin a la conversación, sellándola bajo los nublos rápidos de octubre:

—Son brujas, las suecas.

Esa misma noche habló de ello con Ingrid durante la cena. No era un tema que Gabriel hubiera sacado delante de los niños, pero Ingrid llamó a media tarde diciendo que el acompañamiento a la delegación japonesa se iba a alargar y que llegaría muy tarde a casa. Desoyendo aquel «cena tú con los niños que a saber a qué hora llego porque esta gente no parece tener fin», Gabriel les preparó unas tortillas con cebolla y queso a Adam y a Camilla, les dio una infusión de melisa con menta, les leyó la mitad de una historia de aquel libro de fábulas suecas que los niños adoraban y los metió en la cama sobre las nueve. Después bajó a la cocina, se abrió una lata de cerveza rubia casi congelada y preparó una cena fría a base de salazones y fiambres que acompañó con encurtidos en vinagre y una pequeña ensalada verde bien cargada de pepino fres-

co. Cortó algo de pan y lo llevó todo a lo que la familia llamaba «el Rincón» (una esquina del salón con una pequeña mesa redonda y un par de sillones junto a una cristalera. Al ser una casa en altura, desde el Rincón podía verse el porche en primera instancia y, a partir de este, la entrada a la casa, la calle y el pueblo con la sierra al fondo). Se sentó a esperar a Ingrid apurando la cerveza y mirando las luces pálidas y gaseosas del pueblo, sumiéndose en el letargo tibio que amodorra al mundo en las noches de otoño.

Desde que Ingrid había aceptado el consulado aquello se repetía más o menos una vez al mes, como si los diversos países del mundo hubieran establecido turnos secretos en alguna asamblea fantasma. Normalmente en torno a los días quince o veinte del mes, cuando se rematan las agendas para el mes siguiente, alguna delegación diplomática solicitaba una visita oficial a la cónsul sueca para tratar algún asunto trascendental que exigía de manera relativamente urgente un despacho en Granada. Y claro, ya que viajaban, ya que activaban la maquinaria diplomática, pedían —«más que nada por estrechar y estimular las relaciones de cordialidad entre nuestros países»— entradas para la Alhambra, alguna cena con espectáculo flamenco, quizá un baño árabe o un buen paseo por el Albaicín; eso sí: añadiendo siempre la coletilla «en caso de que nuestra labor diplomática nos deje tiempo para ello, por supuesto». Ingrid, por supuesto, ya sabía por experiencia que la tarea diplomática les iba a dejar tiempo. Muchísimo tiempo. Así que llamaba con diligencia al Patronato de la Alhambra para sacar las entradas, reservaba las mejores mesas en las zambras flamencas del Sacro-

monte y diseñaba con meticulosidad los itinerarios de los paseos, teniendo en cuenta que pasaran por comercios de sedas y de artesanía que pudieran interesar a las consortes, por mezquitas en caso de tratarse de cónsules musulmanes e incluso por locales de comidas de sus países, como el bar de sushi al que llevó a los japoneses aquella noche de octubre, la noche en que supo por boca de su marido sobre las putas y brujas. Toda aquella disciplina, aquella atención y dedicación a cada cosa que hacía, independientemente de si se tratase de una labor ingrata o no, era algo que Gabriel admiraba de ella: que su éxito no tuviera una clave, sino un método sustentado sobre los cimientos de la persistencia.

Y a cambio, ella admiraba de Gabriel su dulzura espontánea, aquella imprevisible y dócil manera que tenía de tratarla. Como aquella noche, cuando la hizo sonreír mientras subía las escaleras del porche agotada y arrastrando un dolor de pies sordo y afilado y, justo antes de llegar a la puerta, esta se abrió y su marido apareció con una copa de vino, un «por fin estás aquí», una mesa puesta en el Rincón con ternura y torpeza, y una cena que no le apetecía pero que le desbordaba el corazón.

—Gracias, cariño —dijo ella, derrumbándose en sus brazos de escultor.

Pero claro, esto fue meses antes de que todo ocurriera.

Antes de que Gabriel se las mencionara, a las suecas, hablaron de muchas cosas: del dolor de muelas de Adam, al que iban a llevar al dentista al día siguiente; de los japoneses, completamente descolocados con el espectáculo flamenco al que Ingrid los había llevado y cuyos rostros se habían enrojecido de forma incendiaria, según Ingrid

en una especie de divertida capilaridad causada por la descomunal cantidad de vino tinto que habían metido en sus pequeños cuerpos nipones; del trabajo de Gabriel, que se encontraba algo estancado y le rondaba la preocupación de no acabar *La hija* a tiempo; de Berta, la socia de Ingrid, que la había llamado esa mañana diciendo que se había estropeado la caldera de uno de los apartamentos del *Odysseus* y que tocaba lidiar (una vez más) con el seguro; y finalmente, ya con un par de vinos aletargando aún más sus mentes agotadas, a raíz de que Ingrid sacara el tema de la obra del jardín mientras se asomaba desde su asiento y miraba el porche oscurecido, Gabriel le habló de que el capataz parecía tener algún tipo de fijación con las suecas.

—¿Putas y brujas? ¿Y dice que son suecas? —Gabriel asintió e Ingrid se echó a reír—. Pues tengo que saber quiénes son, porque hay pocos suecos en la provincia que se me escapan.

—Eso es lo que he pensado —dijo Gabriel—. Que deben de estar en el censo, o incluso habrán tenido que solicitar aquí algún papel, ¿no?

—¿Te interesan? —preguntó Ingrid con una sonrisa provocativa.

—Creo que al capataz le interesan más. —Gabriel se acercó a Ingrid y la besó mientras le acariciaba un pecho y se decepcionaba ante la esponjosa rigidez del sujetador—. Además, yo ya tengo mi sueca.

Lo que Ingrid no sabía era que, con respecto a las suecas de las que el capataz hablaba, se encontraba en un punto intermedio, en una especie de cámara de aire entre dos muros. Porque en aquel momento, antes de que todo

ocurriera, Ingrid ya había oído hablar de ellas, solo que no caía en la cuenta. Sabía de ellas incluso por más de una vía, pero no era capaz de asociar lo que sabía a aquellos dos adjetivos sin rostro ni cuerpo proporcionados por el albañil de manos elefantiásicas. Y luego está la otra parte del muro, la de delante. Ingrid iba a volver a saber de ellas en apenas unos días por Klaus, por Matilde e incluso por sus propios recuerdos y, aun así, a pesar de todo, tardaría un tiempo en relacionarlas con las mujeres del capataz, las suecas de La Umbría, las putas y brujas.

Pero aún faltaban meses para que todo ocurriera.

Después de la cena en la que Gabriel le dio aquella referencia, aquellas dos palabras que el capataz con manos de Goliath había puesto en su boca, Ingrid tardó un tiempo en atar cabos. A veces, al igual que ocurre cuando se quiere hacer un nudo de pesca sencillo entre dos sedales de grosor muy diferente, resulta complicado asociar y entrelazar lo fino con lo grueso, lo trivial con lo trascendente, por muy evidente que pueda ser su relación.

Ocurrió nueve o diez años antes. Once como mucho. Sí, tuvo que ser en el año noventa, pensaría después Ingrid, antes de rebuscar entre las cajas dormidas de su archivo y verificarlo en su agenda de aquel año. Mil novecientos noventa. Recordaba que hacía una mañana clara y fría, así que buscó en los primeros meses del año. No tardó mucho en encontrar la anotación: «10 de febrero. Viene una muchacha, Hilda. Apenas es una niña. ~~Asustada~~. Aterrada. Casa. Policía». Por entonces, Ingrid acababa de aceptar el consulado honorífico en lo que supuso un nuevo giro inescrutable, otro meandro en el turbulento río que fue su vida en aquellos años, años en los que había hecho tantas cosas por amor que algunas noches, mientras contemplaba las estrellas desde la buhardilla, sentía cómo el corazón le hablaba con una voz tan cálida y

tan cercana que llegó a convertir la voz de su cerebro en un susurro ronco, confuso, lejano, como las pisadas de un zorro tras la endeble valla de una granja en una noche de tormenta.

Ingrid siempre fue un alma urbana, una *stockholmer* de raza que amaba aquella ciudad compuesta de islas domadas desde la Edad de Piedra, aquel entramado de agua y reflejos de luces plateadas y aquella densa humedad de la zona vieja. Ingrid amaba Estocolmo, sobre todo en esa época en la que su corazón aún luchaba contra la mordaza que conseguiría romper apenas un tiempo después. Adoraba ir en bicicleta hasta Långholmen, una isla verde y arenosa desde donde contemplaba el anguloso perfil de la ciudad mientras leía en estricto orden de publicación todas las novelas de William Faulkner, sentada en un banco que alguien sin ningún tipo de sentido común había colocado medio escondido tras unos matorrales y al que Ingrid llamaba «el banco secreto» o directamente «mi banco», ya que jamás vio a nadie más en aquel frondoso rincón de la isla. Era un lugar creado para ella y para William Faulkner, rodeados de insectos nerviosos en verano, de niebla helada en invierno.

La mordaza de su corazón se rompió en 1978, el año en el Ingrid terminaba sus estudios de economía y empresas en la Stockholms Universitet, un lugar que siempre le pareció luminoso y cruel a partes iguales, donde se enamoró de Horace con un salvajismo mayor del que jamás hubiese podido leer en una novela de Faulkner. Vivieron unos meses el uno en los brazos del otro: Ingrid completamente extraviada en aquella melena rubia y ensortijada, en su retórica de cantautor, en su pecho de madera de

barco nórdico; y Horace... Horace quedó atrapado en el nudo irresoluble que formaban aquellos ojos verdes y aquella sonrisa, mitad melancólica y mitad símbolo del triunfo de la hermosura sobre todos los infiernos posibles. Y por eso, porque el corazón cuando se desboca necesita asentarse en un lugar caprichoso, cuando salieron por la puerta de la universidad, Ingrid con su título en Economía, Horace con su diploma en Humanidades, decidieron marcharse de Estocolmo y reformar una casa en ruinas que una anciana coja y medio ciega les vendió a un precio de risa en Mölle. El minúsculo pueblo de pescadores incrustado en un cabo de Escania les pareció un lugar de ensueño, maravillosamente hostil por sus vientos salvajes y su costa pedregosa, melancólico y revelador como la sonrisa de Ingrid que Horace contemplaba sin sosiego alguno. Ninguna de las familias estuvo de acuerdo en nada de aquello, pero a ellos les dio igual. Quizá aquella hostilidad fue algo que incluso les reforzaba aún más en sus decisiones, pues a sus ojos los asemejaba a dos personajes de tragedia dionisiaca, shakespeariana incluso.

Con el dinero que aún quedaba en sus cuentas universitarias y el extra que Ingrid conseguía llevando la contabilidad de algunos comercios de Mölle, apenas tardaron un año en terminar la reforma de la casa, llevada a cabo casi exclusivamente con sus propias manos. La licencia de hotel tardó un mes en llegar, los primeros clientes, dos meses, y el intento de Horace de destrozarle el corazón a Ingrid enamorándose de una mujer de treinta y ocho años, se demoró seis meses más. Pero nadie contaba con que un corazón cuya voz es más poderosa que la voz de su cabeza es prácticamente indestructible. Horace regresó a Es-

tocolmo e Ingrid se quedó en Escania, sola, despeinada por el viento del Báltico y gobernando aquel hotel de fachada rojiza y vistas a un acantilado lleno de enormes aves marinas en el que Gabriel se alojaría tres años después.

Pero tres años es mucho tiempo. Mil noventa y seis días, para ser precisos, bisiesto mediante. Durante ese tiempo, Ingrid se convirtió en una habitante de pueblo, en una de esas personas que van saludando por su nombre a todo aquel con quien se cruza mientras camina por las calles estrechas y ventosas al tiempo que, sin detenerse, le hace un comentario del tipo: «Eh, August, ¿qué tal tu rodilla?» o «Me encantó la mermelada, Lena, pero la próxima vez me la cobras o no te la acepto, ¿eh?». En lo relativo a su corazón roto, solamente hizo una cosa: no pronunciar nunca más el nombre de Horace. «Lo que no se nombra, se olvida», se repetía constantemente. Además, Ingrid fundó un club de lectura que se reunía todos los jueves por la noche en una cervecería poco iluminada que había enfrente de su hotel. Al principio fue un auténtico fiasco, pero cuando Ingrid comprendió que quizás William Faulkner no era la mejor puerta de entrada a la lectura rural recreativa, empezó a encargar y a distribuir en la recepción del hotel libros de escritores suecos que por entonces empezaban a escribir novela negra, historias sencillas y atractivas que animaron a algunas personas del pueblo a interesarse por los carteles que Ingrid colgaba en todas partes. Varios vecinos empezaron a acudir a la cervecería a hablar sobre el asesinato y el asesino, sobre el pobre policía estresado y sus traumas. El boca a boca hizo el resto, y aquellas charlas de los jueves se convirtieron en todo un acontecimiento social en Mölle, hasta el punto de que hoy, décadas

después, se celebra allí un prestigioso festival nacional de literatura en el que ya nadie recuerda a Ingrid.

El hotel, al que Ingrid cambió el nombre en cuanto Horace lo abandonó —eliminó aquel nombre sin alma elegido por Horace para llamarlo Ithaka, una palabra que le recordaba a hogar, a regreso, a esperanza marítima y rocosa—, con la maleta en una mano y una mujer de treinta y ocho años en la otra, iba cada vez mejor. Lo había redecorado con mucho esmero y, todo sea dicho, con bastante mejor gusto. También inauguró en una salita anexa a la recepción una pequeña librería donde vendía los libros del club de lectura y una selección de grandes novelas —Sthendal, Flaubert, Woolf, algo de Thomas Mann y una preciosa edición ilustrada de *Casa de muñecas* que se convirtió en su gran *best seller*—, empezó a ofrecer desayunos, compró una bañera de hidromasaje e incluso instaló en el sótano una sauna de quince metros cuadrados, lo que hizo que la clientela del Ithaka, durante esos mil noventa y seis días —bisiesto mediante—, fuera creciendo progresivamente mientras Ingrid forjaba aquel rasgo de su carácter que se quedaría con ella para siempre: su férreo talante de alma libre. Eso la hizo desarrollar un tesón rocoso y tenaz que, aplicado a su negocio, se tradujo en una infatigable promoción del Ithaka. Grabó cuñas publicitarias para las emisoras de radio locales, puso anuncios en periódicos y revistas, escribió cartas a empresas turísticas en las que incluía fotografías polaroid con las vistas del hotel e incluso contrató una avioneta que llevaba grabado el nombre del hotel, el logotipo —un barco griego cuyo mástil formaba una «I»— y el teléfono de reservas, que se paseó por la costa de Escania un tormentoso

sábado de agosto y que probablemente no alcanzara a ver ni un solo huésped en potencia.

Transcurrida una buena porción de esos mil noventa y seis días, Ingrid tuvo que volver a Estocolmo a presentarse al examen de la licencia para manipular y servir alimentos en el hotel. Preparó el temario, preparó su ánimo para reencontrarse con la ciudad, una ciudad habitada por Horace y la mujer que en su pensamiento siempre tendría treinta y ocho años, y preparó una maleta mediana que llenó con mil doscientos folletos del Ithaka que había encargado a una imprenta de Malmö. Eran trípticos en los que aparecían fotografías de las vistas del hotel (portada), de las habitaciones y zonas comunes (interior) y del pueblo con los acantilados al fondo (contraportada). Llegado el día, dejó a Helsa a cargo del Ithaka —Helsa fue su gran amiga en aquel tiempo en Mölle, una rubia fuerte y nerviosa que moriría apenas dos años más tarde fulminada por un tumor en el páncreas y a la que Ingrid lloraría hasta quedarse sin lágrimas, seca como una esponja abandonada al sol— y se plantó en Estocolmo con una nueva mirada, más ancha y comprensiva, que la llevó a volver a casa de sus padres con la humildad de quien abandonó el hogar y retorna buscando la calidez de Ítaca y la reconciliación con quienes se quedaron allí, siempre esperando los regresos. Ölle, su padre, le dio un abrazo impregnado de aquel olor mentolado de su *aftershave* que Ingrid solo podía definir como el aroma de «lo seguro», mientras que Nora sollozaba y decía constantemente «mi niña, mi niña ha vuelto». Esa noche, echada sobre la cama de la universitaria que ya no era, pensando en cómo y por qué se marchó de allí, Ingrid se vio fuertemente impresio-

nada por la certeza de que un corazón desatado puede ser el motor que nos lleve a los lugares que ni tan siquiera soñábamos con visitar, y al mismo tiempo epicentro de las mayores injusticias que cometamos en la vida.

Aprobó el examen y tuvo que esperar una semana en Estocolmo a que le expidieran la licencia, ya que si se solicitaba el envío postal el trámite circulaba por, según le había dicho la funcionaria de Sanidad, «cauces diferentes», algo que Ingrid tradujo como «burocracia lenta y desesperante». Así que aprovechó la semana para reencontrarse con la ciudad, con los cafés bohemios del Södermalm, con las calles adoquinadas del Gamla Stan, con sus adoradas librerías de segunda mano, con el bullicio de los tranvías y, por supuesto, con «su banco» de Långholmen, al que iba todas las tardes a leer aquel manoseado ejemplar de *Las palmeras salvajes*. Era julio de 1985 e Ingrid, al contemplar la vista marítima y calmada de Estocolmo, sentía que la ciudad ya no era la misma; pero consiguió reconducir ese pensamiento para llegar a la conclusión de que quien había cambiado era ella. «Los lugares no cambian, cambiamos las personas», pensó mientras se montaba en la bicicleta y empezaba a pedalear rumbo a la casa que desde ese día empezó a llamar «la casa de mis padres» en lugar de «mi casa».

Dos días antes de regresar a Mölle, mientras volvía a casa de sus padres de visitar una exposición temporal de Louise Bourgeois en el Moderna Museet, un muchacho cruzó la calle y la interpelló. A Ingrid le costó reconocer a Tomi Hintikka, un compañero finlandés de la universidad con quien había tenido bastante relación en los primeros cursos. Tomi estaba completamente cambiado; parecía otra

persona. Ella lo recordaba como un *hippie* desarrapado, una bola de pelo rubio y lacio, siempre colocado, y no como aquel tipo trajeado y en perfecta forma física que le dijo:

—Eh, Ingrid, ¡Ingrid! ¿Qué tal?

Ante la reticencia de su antigua compañera de estudios, que entornaba los ojos en un gesto de desconfianza mientras aceleraba el paso, Tomi tuvo que señalarse el pecho con la palma de la mano y decir con el tono simple y exageradamente amigable con el que se les habla a los niños:

—Soy yo, Tomi. Tomi Hintikka. De la facultad. ¡Tomi!

—¡Madre mía, Tomi! —dijo Ingrid sonriendo y echándose una mano de afectación al mentón—. ¡No te había reconocido!

Tras un «Tranquila, suele pasar» que sonó preparado por parte de Tomi, quien parecía acostumbrado a que su pasado y su presente no ensamblaran con facilidad, le contó a Ingrid —que llevaba algo de prisa porque quería llamar a Helga para controlar cómo iban las cosas por Mölle— que ahora trabajaba para la universidad en el departamento de relaciones internacionales.

—De hecho —dijo a la vez que, por algún motivo, señalaba su maletín de piel—, me voy en unos días a España. Voy a hacer promoción de Suecia entre el profesorado de la Universidad de Granada, para fomentar que soliciten estancias aquí, que nos visiten más. ¡Por fin me marchó al sur! —dijo Tomi, posiblemente haciendo una referencia a sus años *hippies* que Ingrid no entendió.

Aun así, Ingrid también sonrió y lo miró en silencio con los ojos entornados mientras su cabeza procesaba ideas. Veinte, treinta segundos.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —preguntó Tomi al final.

—¿Te apetece un café? —De repente, a Ingrid se le había quitado toda la prisa.

Y así fue cómo la maleta con los mil doscientos folletos del Ithaka voló apenas unos días después a España. Ingrid se ofreció a pagarle la facturación, pero Tomi dijo que solamente la llevaría con él a cambio de dos cosas: su número de teléfono y la promesa de una cena juntos. Ingrid aceptó y le apuntó el número de Mölle —que era el del hotel— en una servilleta y le dijo sonriendo:

—No obstante, lo tienes mil doscientas veces en esa maleta.

Esa cena nunca tuvo lugar, e Ingrid la recordaría mucho tiempo después, demasiado tarde como para intentar ponerse en contacto con Tomi y cumplir con aquella promesa que el tiempo había borrado como si fuera una minúscula pisada en la orilla de una playa solitaria y ventosa. Dos días más tarde se despidió de sus padres, que prometieron visitar Mölle un mes después, cuando Ölle terminase un tratamiento de rehabilitación del hombro por la caída que había sufrido en el aparcamiento de un supermercado. Después recogió sus cosas, echó un vistazo a su habitación a modo de despedida y cogió el tren a Escania; como Odiseo, regresó a Ítaca más tarde de lo esperado. De vez en cuando pensaba en aquella maleta llena de folletos y la imaginaba como esas sondas espaciales que la NASA envía al cosmos simplemente para que lleguen lo más lejos posible, para que quizás colisionen con algo, para que transmitan a la fría inmensidad que hay alguien haciéndose preguntas en un diminuto rincón.

Y justo cuando se había olvidado de la maleta, esta dio sus frutos. Pasados unos meses de calma en los que Ingrid

se compró un pequeño bote de pesca, consiguió llevar al club de lectura *Las uvas de la ira*, enseñó a sus padres con ilusión toda aquella vida que llevaba en Escania junto al mar y se acostó con un huésped noruego que la trató como —según le contó a Helsa al día siguiente— «una cosa donde meterla», Ingrid recibió una llamada que sonaba lejana, impregnada en esa frialdad distante con la que suenan las voces de los astronautas cuando hablan con Houston. La voz remota explicó en un inglés torpe y robótico que su nombre era Saúl, Saúl Martín, y que llamaba desde España porque había llegado a sus manos un folleto del hotel. Ingrid tardó unos segundos en caer en la cuenta de que la sonda espacial había sido encontrada por alguien en mitad de la oscuridad del universo.

—Verá —dijo—, soy pintor. Y lo que me interesa es... ¿Me escucha?

—Sí, sí —dijo Ingrid.

—Ah, vale, disculpe, creía que se había cortado. Pues como le decía: me gustaría reservar una habitación en su hotel. Pero querría pedirle, específicamente, que sea la misma que aparece en el folleto. La que tiene justamente esas vistas a la bahía. ¿Cree que es posible?

Ingrid abrió el libro de reservas.

—No hay problema —dijo—. Se me queda libre el sábado.

—La llamo en un rato —dijo el pintor.

Y en efecto, llamó a los diez minutos para explicar que ya había conseguido un vuelo y un coche de alquiler y para solicitar la reserva de la habitación para diez días, de sábado a miércoles. Concluyó con un:

—Tengo que pintar esa vista como sea.

Durante los cinco días que faltaban para que llegara el pintor de voz lejana, Ingrid se sintió muy emocionada ante la idea de que allí, en su Ithaka, se fuese a pintar un cuadro. Le parecía algo hermoso y a su vez —Ingrid no podía distanciarse de su sentido práctico de las cosas— útil para la promoción del hotel. Así que se lo fue contando absolutamente a todo el mundo. A los dueños de las tiendas donde compraba, a los repartidores que le llevaban el pescado o la leche y a los participantes del club de lectura. Por ello, el sábado que Saúl aparcó su Ford de alquiler al final de la calle Harastolvägen, todo el mundo sabía que aquel tenía que ser el pintor. Lo que nadie esperaba es que fuese tan joven, ya que la palabra «pintor» por algún motivo había generado en el pueblo la imagen colectiva de señor de mediana edad, quizás rondando los cincuenta, melenudo y extravagante. Pero de aquel Ford se bajó un muchacho de veintitantos a quien los niños que empezaron a arremolinarse en torno a su condición de forastero ayudaron a llevar hasta el hotel, a modo de minúsculos porteadores, un enorme caballete y varias maletas pesadas que sonaban al moverse como si estuviesen llenas de cachivaches de buhonero.

Obviamente Ingrid también se sorprendió, y quizás se decepcionó un poco, porque la obra de un pintor tan joven —pensó— no debía de ser muy relevante. No obstante, la presencia de unos rasgos morenos y arabescos en el hotel siempre era algo agradable. Saúl pasó dos días casi encerrado en su habitación y pidió que nadie entrara para nada, ni siquiera para limpiar. Necesitaba concentrarse. A partir del tercer día, Saúl empezó a salir. La gente lo veía pasear por la bahía, muy despacio, escuchando el melancó-

lico murmullo del mar y contemplando cada detalle como si quisiera recordarlo para siempre. A veces se sentaba en la playa, sobre la arena templada al sol, y allí dibujaba en un cuaderno durante más de dos horas. En uno de esos ratos fue cuando conoció a Helsa, que bajó a la playa a comprobar si el bote de su hermano estaba bien amarrado, ya que había pronóstico de temporal y Gustaf estaba en Malmö cerrando un trato con un mayorista de pescado.

—Tu cuadro está quedando precioso —le dijo Helsa a Saúl en su magnífico inglés, ya que su madre había vivido durante quince años en Londres y había criado a Helsa y a Gustaf en inglés.

Saúl levantó la vista del cuaderno y preguntó:

—¿Mi cuadro?

—Sí, el que estás pintando. —Helsa sonrió—. Tengo poderes psíquicos. Ya sabes, el don de la traslación psíquico-sensorial. Así que he podido echarle un vistazo.

Saúl sonrió también.

—Está bien —dijo—. Dime qué aparece en él. Traslada tu psique hasta allí ahora mismo.

—Espera. —Helsa se puso la mano en la frente, se orientó hacia el Ithaka y cerró los ojos—. Voy... voy... Abro la puerta... Sí, ya lo veo. No es exactamente esta bahía, pero se parece mucho. La esquina izquierda aún no está pintada, pero la parte derecha sí que tiene muchos detalles. Agua que rompe en las rocas, una gran nube color violeta y un barco al fondo. El barco todavía no tiene la vela pintada. Hay una boya roja flotando en el mar. Una cresta de espuma la tumba hacia la derecha.

Saúl puso cara de extrañeza. Helsa no pudo seguir con aquello y se echó a reír a carcajadas.

—Soy la que limpia el hotel —dijo—. Vengo de hacerte la cama.

Nunca se llegó a saber si hubo algo entre ellos. Ni siquiera Helsa dijo una sola palabra a Ingrid durante sus largas charlas de los sábados por la noche tras el turno de tarde del hotel, medio borrachas y con la lengua suelta. Solo trascendió una cosa de la cantidad de horas que Saúl y Helsa pasaron juntos esos pocos días: ella apareció en el cuadro. Salía de perfil en aquella parte izquierda que aún estaba sin pintar, caminando por la arena contra el viento que arremolinaba su melena de color maíz, casi blanca en las puntas. Décadas después, cuando ya Ingrid era cónsul en España y Saúl un pintor famoso a nivel internacional, coincidieron en una exposición de sus cuadros en la Alhambra. Se reconocieron, se abrazaron, e Ingrid le contó al pintor que Helsa había muerto dos años después de su estancia en Mölle. Apenas unos días más tarde llegó un paquete al consulado que contenía aquel cuadro frío y luminoso que Saúl pintó en el Ithaka, colocado en un marco sobrio y bien elegido y acompañado de una nota que decía: «Aquí siempre viviré». La primera vez que las suecas, las putas y brujas, entraron en casa de Ingrid, aquel cuadro ya presidía su estudio, una habitación abuhardillada que tenía el estatus de consulado honorífico de Suecia en Andalucía.

Ella lo llamó «el efecto maleta». A partir de la estancia de Saúl en Mölle empezaron a llegar artistas españoles sin descanso. Al principio, de uno en uno. Más tarde, en grupos organizados que Sigrid, la dueña de la carnicería que había enfrente del Ithaka, definía como «barbudos en furgoneta». Según decían todos ellos, Saúl Martín, un pintor

que empezaba a estar muy de moda y que ya daba conferencias y montaba exposiciones por toda España, proclamaba incansablemente que no había en el mundo un sitio para inspirarse mejor que aquel. Que «llegar al Ithaka es sentirse Ulises», decían que decía. Y como no hay lugar en el que guste más la aparición de un mesías que en el mundo del arte, empezaron a seguir sus pasos. Pintores, cineastas, fotógrafos... Hasta que, mil noventa y seis días —bisiesto mediante— después de que Horace se marchara de vuelta a Estocolmo —amante mediante—, llegó al Ithaka un grupo de amigos, cinco navegantes extraviados en busca de las musas: dos escultores y tres pintores. Ingrid no los había visto porque entraron al hotel en su día libre, así que fue Helsa quien los recibió. La noche siguiente, un matrimonio de franceses llamó a la recepción para quejarse del ruido que había en la habitación contigua. Ingrid escuchó los golpes en cuanto llegó al pasillo de la segunda planta y tuvo que aporrear la puerta un buen rato porque la persona que ocupaba la habitación armaba tal estruendo que era imposible que la escuchase. Empezó a enfadarse en grados crecientes, y para cuando los golpes cesaron, Ingrid sacudía la puerta con una furia completamente desaforada, dispuesta a hacer parar a esa persona como fuese. Pero no contaba con que, detrás de aquella puerta, iba a aparecer la viva encarnación de su deseo. Aquel torso desnudo, aquellos brazos sudorosos e impregnados en polvo de yeso, aquella barba negra y descontrolada.

—Disculpa —dijo, sosteniendo una espátula en la mano y sin dejar hablar a Ingrid a quien, por otra parte, no le salía la voz del cuerpo—. Creo que estoy haciendo mucho ruido.

Era imposible calcular cuantas sustancias empezó a bombear el cuerpo de Ingrid en ese momento, delante de aquel hombre de talante fehacientemente despistado, ajeno a su encanto, ajeno al mundo, ajeno a todo lo que no fuese la fuerza por consumir su creatividad irrefrenable. Solamente acertó a decir, mirando la escultura a medio hacer que había delante de la cama:

—Qué preciosidad.

El escultor miró hacia atrás. Su barba y sus ojos tenían el color tibio de los cereales tostados.

—¿Te gusta?

—Mucho. ¿Qué es? —preguntó tras recuperar la compostura.

—Aún no lo sé. Ahora solamente es una forma. Estoy pensando en qué puede ser. —Se giró hacia Ingrid y le preguntó—: ¿Qué podría ser?

Ingrid escrutó aquella forma sugerente y después miró a aquel hombre a los ojos. Sabiendo que estaba completamente perdida, respondió lo primero que le vino a la cabeza:

—El viento.

Y esa noche fue la primera que durmieron juntos.

Tres días después, la nave que había llegado a Ítaca con cinco viajeros retornó a casa con uno menos, pues Gabriel se quedó en Mölle con el firme propósito de enamorarse con calma. Y así transcurrió un año. Un año en el que Gabriel aprendió sueco y ayudó a Ingrid en el Ithaka haciendo de cicerone y traductor de los artistas españoles que, todo sea dicho, empezaron a disminuir considerablemente. «Todo pasa», decían algunas noches mientras repasaban el menguante libro de reservas en la terraza, mientras

tomaban una copa de vino tinto y se exploraban mutuamente con la fuerza de quienes se entregan sin freno a una pasión, de quienes saltan a hacer acrobacias sin que les coloquen una red que los libre de la caída, de quienes cruzan la jungla de noche solamente para contemplar el amanecer en la montaña. Además, Ingrid habilitó para Gabriel una sala en el hotel a modo de taller, donde él podía trabajar en sus esculturas, que por aquel entonces todas trataban sobre el mismo tema: el viento. Ingrid disfrutaba muchísimo de verlo crear, de ver cómo en su labor escultórica se combinaba el uso sudoroso y apabullante de la fuerza bruta con la delicadeza artística del detalle.

Y así, la vida hizo lo que suele hacer: ir pasando, hasta que, cuando llevaba año y medio en Mölle, el Centro Cultural del pueblo invitó a Gabriel a exponer sus obras en la sala principal durante un mes. Ingrid y Gabriel se volcaron en la preparación de la muestra con una ilusión desahogada y, evidentemente, fue un gran éxito. Todo el mundo acudió a la inauguración vestido con sus mejores galas; hubo *champagne*, admiración por el artista y aplausos tras los discursos.

A partir de entonces, y gracias a dos periodistas que estuvieron donde había que estar en el momento preciso, Gabriel empezó a tener lo que suele conocerse como *una carrera*. El primero era un cronista de arte de un periódico de Malmö que se alojó con su esposa en el Ithaka durante un fin de semana en el que intentaron —sin éxito— arreglar su matrimonio. El sábado por la tarde, después de discutir con su mujer por cuarta vez ese día, dio una vuelta por el muelle, entró en el centro cultural y quedó muy impresionado por la obra de Gabriel.

—Me ha dicho —le dijo Gabriel a Ingrid aquella noche, en la cama— que quiere hacer una reseña de la exposición en su periódico.

—¿Te imaginas —dijo Ingrid con ojos de ilusión, sentándose a horcajadas sobre su abdomen— que te invitan a exponer en el Moderna Museet?

No hizo falta imaginárselo durante mucho tiempo. Apenas dos semanas después, el Museo de Arte Moderno de Malmö llamó a Gabriel para solicitarle el catálogo fotográfico de sus obras —tuvieron que prepararlo entre Ingrid y él a toda prisa, carrete velado mediante— porque pensaban que podrían encajar en una exposición temporal que iba a titularse «Europa i Skåne». Todo salió de maravilla: el museo eligió tres esculturas de Gabriel y cinco días después aparecieron en el Ithaka varios empleados en una gran furgoneta para llevarse las piezas a Malmö. Ingrid y Gabriel asistieron a una inauguración lujosa, de regusto intelectual-urbano-cosmopolita en la que conocieron a decenas de personas, Henning Mankell (pre-Wallander) incluido, todas amables, todas con las mejillas arreboladas y los ceños levemente fruncidos, según Gabriel, «de tanto pensar». Después se emborracharon en un bar del puerto e hicieron el amor sin protección en un minúsculo callejón sin salida mientras volvían al hotel, adonde regresaron tan embriagados que se quedaron dormidos con la ropa puesta.

El segundo periodista que estuvo cuando y donde había que estar se llamaba Joaquín Gil y trabajaba para la sección de cultura de *El País Semanal*. Había ido a Malmö a hacer un reportaje sobre Ingmar Bergman y, en su día libre, un miércoles que se había reservado para hacer

un poco de turismo antes de volver a Madrid, se topó con las tres esculturas expuestas de Gabriel. Ya en España, según le contaron más tarde a Gabriel, Joaquín tuvo que cubrir una exposición en Granada y le comentó a Sebastián San Juan, dueño de la prestigiosa academia Artium y comisario de la muestra que Joaquín tenía que reseñar, que se les había fugado un granadino de talento a Suecia. Y Sebastián San Juan, persona curiosa y tenaz como pocas, se puso en contacto con Malmö. Y cuando el museo de Malmö lo remitió a Mölle, al hotel Ithaka, una sonrisa iluminó su rostro: el propio Sebastián había sido uno de los primeros en alojarse allí, un par de años atrás, por recomendación de su querido Saúl. Durante aquella estancia en el Ithaka, Sebastián se había prendado perdida y silenciosamente de Ingrid, y se había marchado de allí con la certeza de que algún día un compatriota viajero conseguiría la mano de aquella luminosa Penélope. Así que se moría de ganas por conocer al afortunado Ulises. Llamó a Gabriel y le solicitó el catálogo, Gabriel se lo envió por correo aéreo y no tuvieron más noticias hasta que, a finales de junio, Sebastián San Juan apareció por segunda vez en el Ithaka, dispuesto a sufrir el dolor por la contemplación de su amada y el gozo por el descubrimiento de su nuevo artista.

La oferta generó la primera desavenencia entre Ingrid y Gabriel. Tras una semana de observación del método de trabajo de Gabriel y de compartir largas conversaciones sobre el arte y la creación, el prestigioso Sebastián San Juan le ofreció dos cosas: una exposición temporal en su prestigiosa galería y una plaza como profesor en su prestigiosa academia a partir de septiembre. Así que Gabriel

se vio acosado por la fuerza del prestigio e Ingrid y él tuvieron que enfrentarse a lo que parecía un hachazo entre ellos, conscientes del calibre de la oportunidad y también de lo implicaba aquello para Ingrid y su hotel. Hubo un enfado y una reconciliación, un tira, un afloja, unos pros, unos contras, unos quizás y algunos ojalás, hasta que finalmente tomaron una serie de decisiones encadenadas que pueden resumirse de manera básica en que Gabriel aceptaría todo lo propuesto por Sebastián, pondrían el Ithaka en venta y se mudarían a España, al menos «para probar». Y allí Ingrid, después de efectuar la venta, en una especie de camino de vuelta, intentaría montar algo similar: un hotel donde intentar llamar la atención del turismo sueco. En un principio, para Gabriel el plan eran todo luces, y para Ingrid, todo sombras, bultos siniestros que intentó esconder tras aquella montaña de ilusión que se intuía en el horizonte de su vida en común.

Fue el tiempo quien se encargó de mezclar las luces y las sombras. Sorprendentemente, el Ithaka se vendió en apenas unos meses. Gustaf, el hermano de Helsa, harto de la vida en el mar y respaldado económicamente por su familia, decidió comprarlo y seguir con el negocio de forma similar a como lo venía haciendo Ingrid; además, abrió en la planta baja un pequeño restaurante de guisos marineros que apoyaba su menú en el bacalao local. Años después, cuando Ingrid y Gabriel volvieron a Mölle y se alojaron en el Ithaka, sintieron el desagradable zarpazo del desencanto que provoca el reencuentro con lo idealizado: nada brillaba igual. La pátina de encanto de aquel lugar se había desvanecido. «No cambian los lugares, cambiamos las personas», se repitió Ingrid, echada sobre la cama

de la segunda planta del viejo Ithaka, una cama en la que se había arrastrado a aquella pasión sin medida unos años que ya empezaban a ennegrecerse. Por otra parte, la carrera de Gabriel como escultor nunca terminó de despejar. Su acogida en la galería de Sebastián San Juan fue tibia y sin entusiasmo por parte del ambiente cultural de la ciudad. Por contra, toda la escuela de artes comenzó a valorar de inmediato sus dotes como profesor, y el número de matrículas empezó a crecer a partir de que el boca a boca comenzara a trabajar en su favor. Es decir, todo discurría justo al revés de lo que Gabriel deseaba, pues su sueño pasaba por ser respetado y conocido como un escultor egocéntrico e inaccesible que daba algunas clases de manera provisional, por acercarse al vulgo más que nada. Esta inversión de sus deseos supuso para Gabriel el nacimiento de una frustración que únicamente dejaba salir cuando se emborrachaba y se definía a sí mismo como «un fracaso de artista, el típico profesor que nunca llegó a nada».

El nuevo hotel de Ingrid, el Ítaca, logró un éxito rotundo. La idea inicial fue exactamente la misma porque si en Escania —razonó Ingrid— había funcionado, en un lugar realmente turístico y solicitado como Granada el fracaso sería impensable. Así que llevó a cabo la misma operación: compró una casona antigua con vistas a Sierra Nevada y destinó el dinero sobrante de la venta del Ithaka al arreglo integral del edificio y a comprar un minibús para excursiones. Con su persistencia habitual, Ingrid se puso en contacto con toda la comunidad nórdica de la provincia de Granada, que resultó ser más amplia de lo esperado, y poco a poco su radio de influencia fue creciendo hasta

convertir el Ítaca en una referencia, en un punto de encuentro de suecos, noruegos y finlandeses —también daneses y alemanes—, no solo a escala local, sino a nivel de toda Andalucía. Más o menos al año de su apertura, en 1986, ocurrieron tres cosas que cambiaron la vida de Ingrid y que nos llevan por fin al año noventa, a la primera vez que supo algo de las putas y brujas sin saber que se trataba de ellas. Lo primero fue la aparición de Berta, la mujer más lista que Ingrid había conocido en su vida. Se alojó en el Ítaca durante tres noches para espiar el modelo de negocio de Ingrid, ya que ella intentaba hacer algo similar con su hotel, el St. James, que estaba destinado a británicos —Berta había nacido y crecido en un barrio residencial del norte de Southampton— y que se ubicaba en el centro de Granada. Tras el espionaje, se sentó con ella en la recepción y le arrojó sin ningún tipo de ambages una retahíla de argumentos para que se hicieran socias. Al principio, todo aquello le sonó a Ingrid a retórica de vendedora, algo así como un timo hostil similar a la televenta, pero Berta sacó documentos —cuentas bancarias, hojas de gastos, balances— sin pudor alguno e hizo una propuesta en firme: comprar un tercer hotel, un inmenso refugio medio abandonado en pleno parque natural de Sierra Nevada que ya tenía más que visto, y convertirlo juntas «en un *resort* de naturaleza y nieve». Por entonces, Ingrid estaba embarazada de Adam, y cuando el pequeño cumplió seis meses, Ingrid y Berta firmaron juntas la compra de aquella locura en la montaña a la que Gabriel —a quien no le hacía gracia el proyecto pero que no pudo oponerse dado el infalible instinto de su mujer— llamaba «el Overlook granadino» en referencia al

sinistro hotel de *El resplandor*, pero que ellas llamaron Odysseus por continuar con las referencias homéricas; un lugar, todo sea dicho, que no tardaría en darles más preocupaciones que otra cosa.

Si contamos con que el primer embarazo de Ingrid y el posterior nacimiento de Adam fue el siguiente evento importante, el tercero llevaba el nombre de Therese Lindgren. Therese era en aquel momento la cónsul general de Suecia en España, toda una eminencia de la diplomacia europea que eligió el Ítaca durante cuatro noches intersemanales para resolver la tensión sexual que arrastraba desde hacía un par de años con su secretario. Llegaron de Madrid en coches separados, reservaron habitaciones separadas y mantuvieron una discreción digna de una pareja de espías. Durante años, Ingrid y Therese bromeaban sobre cómo Therese y su amante desbarataban cada mañana una de las habitaciones para que las chicas de la limpieza no sospechasen que en ella no dormía nadie. Uno de esos días, durante el desayuno, Therese se acercó a Ingrid, que por entonces estaba aún embarazada de Adam, y le preguntó en un sueco exquisito y refinado:

—¿Niño?

—Pues sí —respondió ella sonriendo y sirviéndole la taza de café. Therese siempre bajaba a desayunar muy temprano y su secretario lo hacía un rato después—. Qué buen ojo tiene usted.

—Mi hermana tiene seis hijos y acerté el sexo de los seis. En uno de ellos —Therese volcó el azucarillo muy despacio en el café—, la ecografía me contradijo. Obviamente, la ginecóloga estaba equivocada.

—Vaya —dijo Ingrid mirándola—, es impresionante.

—¿Te tomas un café conmigo? —preguntó la cónsul mirando el salón de desayuno aún vacío.

—Tengo diez minutos —dijo Ingrid—. Y la verdad es que esto —dijo a la vez que se tocaba la barriga y se sentaba a cámara lenta frente a Therese— ya empieza a pesar.

Por supuesto, el café duró más de diez minutos, pues se extendió hasta que Ingrid no tuvo más remedio que irse a exprimir los zumos que demandaban con vehemencia una pareja de alemanes que eran la representación física y tangible de la palabra «prepotencia». Ese día, Ingrid y Therese almorzaron juntas, y cuando Ingrid preguntó por el hombre que la acompañaba, Therese, echándose a reír y a punto de atragantarse con la espuma de la cerveza que bebía mirando a la sierra, dijo:

—No sé de qué me habla, señora. Sus hormonas de embarazada le juegan malas pasadas.

Pero para cuando llegaron los postres, Therese ya le había contado a Ingrid todo sobre su desastroso matrimonio, perfecto e idílico a los ojos del mundo, y todo sobre la pasión que había perdido en algún punto del pasado nuboso y opaco, una pasión que necesitaba recuperar con urgencia para sentirse viva.

—Para no volverme definitivamente loca.

Esa noche fue con su secretario a cenar a la casa que Ingrid y Gabriel acababan de comprar —que ya era la casa en altura a la que acudirían años después las putas y brujas—, y Therese, durante los años que duró aquella amistad, siempre le agradeció a Ingrid aquella invitación, aquel rato en el que Erik —pongámosle nombre de una vez al secretario— y ella se sintieron libres de prejuicios,

ajenos al mundo, absurdamente acaramelados como dos adolescentes con el juicio completamente desbaratado.

La amistad entre Ingrid y Therese cristalizó de manera extraordinaria. Tras la vuelta de Therese a Madrid comenzaron a llamarse unas tres veces por semana, y aquellas llamadas parecían servirles a ambas como algo parecido a una terapia psicológica. En ellas expresaban sus inquietudes, sus miserias, sus alegrías y sus miedos, ya que la una sabía perfectamente, como si se conociesen desde niñas, cómo aconsejar a la otra y viceversa.

Adam nació, Ingrid compró junto a Berta el *Odysseus* y un par de años después, cuando la empresa hotelera marchaba a la perfección, ya que el *Ithaka* y el *St. James* eran todo beneficios y el *Odysseus* se encontraba en la fase final de la reforma, Therese apareció en casa de Ingrid a ofrecerle un consulado. El sueldo era muy discreto, pero a Ingrid la idea la atrajo desde el primer momento; no obstante, se vio obligada a mostrar reticencias por toda la incertidumbre que aquella oferta acarrearía en su ya de por sí inestable realidad.

—Gran parte de la comunidad sueca de Andalucía te conoce y te respeta. Eres perfecta para que acudan a ti cuando lo necesiten. Siempre ayudas a todo el mundo, ¿no?

—No sé —contestaba Ingrid a todos los argumentos de Therese—. No sé. Tengo una empresa, una socia, un bebé... No sé.

La propuesta estuvo en el aire una semana en la que Ingrid tuvo larguísimas conversaciones con Gabriel, conversaciones similares a las que surgieron tras la oferta que Sebastián San Juan le había hecho a Gabriel cuando vivían en Mölle (tira, afloja, pro, contra, sí, no, pero, tú, yo)

y que había removido y agrietado por completo la tierra que Ingrid y Gabriel pisaban, algo que aún palpitaba en el aire cada vez que las cosas se ponían serias, una especie de «por ti lo dejé todo» que se decía sin decirse. Las conversaciones con Gabriel se solaparon con las reuniones con Berta, que se lo tomó bastante bien tras el impacto inicial. Al final, le propuso a Ingrid redistribuir los beneficios «en un setenta-treinta» que compensaría la mayor presencia laboral que ella asumiría si Ingrid decidía aceptar el consulado. Ingrid hizo cálculos con Gabriel: el sueldo del consulado, el sueldo de profesor y el treinta por ciento de los beneficios de los hoteles les daba de sobra para vivir holgadamente.

—No te arrepentirás —dijo Therese cuando la recibió en Madrid un mes después para que iniciase su curso de formación en protocolo, diplomacia y función administrativa. La propia Therese fue la encargada de impartir parte de los módulos formativos durante aquellas tres semanas de julio del 89 en las que Ingrid se hospedó junto a Gabriel, que estaba de vacaciones, en un pequeño apartamento que había dentro de la embajada.

El acto de aceptación de los nuevos cónsules fue embriagador: etiqueta, mayordomos, autoridades, cubeterías imposibles, copas de *champagne* con un centímetro de oro rodeando el borde y lámparas de araña cuyos destellos le provocaban a Ingrid una especie de excitación infantil. Lo que más le llamó la atención fue ver la soltura con la que se comportaba Therese Lindgren en aquel ambiente diplomático, dándole un giro más a su sofisticación, ya de por sí innata, convertida en un animal social que parecía funcionar por una especie de pulsión que Ingrid

no comprendía pero admiraba. Y por otro lado, la conmovió en extremo la imagen de Erik, el amante agazapado entre las sombras, en cuarto o quinto plano, contemplando a Therese con deseo ansioso y a su marido con un intrigante velo de admiración y desprecio al mismo tiempo.

Todo acabó con un baile que hizo sentirse a Ingrid torpemente vulgar y con una noche de sexo con Gabriel en la que ambos dieron rienda suelta a ciertas cosas que no sabían que llevaban dentro. Al día siguiente volaron de vuelta a Granada tras unas semanas sumidos en un lujo que les pareció pretencioso y artificial, como si el mundo de 1989 se hubiera fusionado con algún siglo de emperadores y palacios, con un siglo radiante y decadente al mismo tiempo.

Los primeros meses fueron duros para Ingrid, ya que la apertura de un consulado en Andalucía provocó que gran parte de la comunidad sueca, que solía postergar e incluso abandonar ciertas gestiones administrativas por no desplazarse hasta Madrid, se lanzó en masa a solventar todo aquel papeleo atrasado. Así que Ingrid se vio de inmediato desbordada con toda aquella carga de trabajo repentina que se entremezclaba con la atención asfixiante que demandaba Adam y con los remordimientos por haber dejado sola a Berta en un momento tan crucial para la empresa. Y fue en esos meses de locura y tensión, a principios del año noventa, cuando aquella chiquilla, Hilda, llamó al timbre. Años después, cuando Ingrid consultó la agenda porque pensaba que ellas, las putas y brujas, podrían haber tenido algo que ver con la visita de Hilda, apenas pudo recordar su rostro. Le venía a la cabeza, de forma borrosa, una muchacha rubia y menuda que arras-

traba una gran mochila y que a Ingrid le recordó a un molusco transportando a cuestas su hogar. Leyó de nuevo la anotación de la agenda, aquellas palabras apuntadas once años atrás: «10 de febrero. Viene una muchacha, Hilda. Apenas es una niña. Asustada. Aterrada. Casa. Policía». Al leer aquella letra de una Ingrid más joven, de una Ingrid desbordada por la repentina responsabilidad que le supuso el cargo de cónsul, sintió un pinchazo que solamente podía ser el eco de un remordimiento silenciado a conciencia, prácticamente a presión, que intentaba aflojar de su escondite remoto. Porque Ingrid se dio cuenta de que apenas la escuchó, de que no la tomó en serio, de que le dio a aquella niña asustada una taza de té y la dirección de la comisaría, de que la suma de ambas cosas constituía algo parecido a un empujón. En definitiva, Ingrid tomó conciencia, once años después, de que no supo tratar a Hilda como se merecía y sintió que la inundaba el peor sentimiento que puede sentir una persona que se debe a los demás: la negligencia.

Con la agenda en la mano, salió al porche y miró la verja de la casa. Intentó recordar el rostro de aquella chica, de Hilda, pero se dio cuenta de que no lo estaba recordando: lo estaba inventando en ese momento. Entró de nuevo en casa y se sentó en el sofá. Cerró los ojos. Pensó en aquella mañana fría y luminosa. Allí estaba la muchacha sin rostro y allí estaba Ingrid, desbordada, ofreciéndole una taza de té de supermercado y deseando que se marchase.

—Lo siento, pero no veo en qué puedo ayudarte.

—Verá, es que... todo... —Ingrid recordaba a Hilda casi incapaz de hablar, desorientada—. Todo es muy raro. Muy raro. No puedo... César...

—Necesito que te expliques mejor, Hilda. Dices que es una casa que se ofrece para alojar jóvenes que viajan con mochila, bicicleta y cosas así. Que lo viste en una revista. Que llamaste.

—Sí. Llamé. Y vine, y allí... allí. César... César...

—¿Tienes pasaporte, Hilda?

—Sí, aquí lo tiene, espere... Tiene que estar...

—No, no. No lo necesito. Solo quiero averiguar cómo puedo ayudarte.

Hasta el momento, Hilda solamente había mirado al suelo. Tras un minuto en silencio, se enjugó con la manga de su sudadera color mostaza dos lágrimas que se habían acumulado en la parte inferior de sus ojos y levantó la cabeza para mirar a Ingrid y decirle:

—Creo que algunas de esas personas han desaparecido.

En ese momento sonó el teléfono diplomático. Ingrid esperaba una llamada de Therese Lindgren, que estaba en San Petersburgo y necesitaba saber los datos de un pasaporte retenido que Ingrid tenía en su poder. Además, justo al mismo tiempo, alguien llamó al timbre del consulado, que estaba al otro lado de la casa —Ingrid hizo una pequeña reestructuración para dejar una zona de la casa aislada del resto, que tenía dos habitaciones: una era despacho de la cónsul y la otra una especie de salita para reuniones— y al que se accedía por la parte contraria al jardín.

—Mira, Hilda. Tienes documentos, hablas español y puedes valerte por ti misma. ¿Llevas dinero?

—Sí. —Hilda sollozó. Su voz sonaba cada vez más nasal a causa de un exceso de mucosidad líquida que se entremezclaba en sus orificios nasales.

—Pues ten. —Ingrid anotó en una tarjeta la dirección de la comisaría—. Creo que deberías ir a la Policía. Cuando salgas por el jardín, baja la calle en dirección al bosque y gira a la izquierda en la rotonda. La comisaría está al final del camino. Creo que si te ha pasado algo en esa casa, es mejor que se lo cuentes a ellos.

En ese punto, los recuerdos de Ingrid volvieron a emborronarse, así que cerró la agenda de 1990 para devolver aquel párrafo al mundo del pasado y salió de nuevo al porche. Once años atrás el teléfono sonaba, ella se desesperaba y aquella chiquilla completamente aterrada se marchaba sin darse la vuelta, sin apenas musitar una palabra, sin recibir el calor ni la atención que buscaba. «César», pensó Ingrid. «¿Quién sería?». Miró la calle vacía y a tenor de aquel recuerdo triste y difuso, Ingrid se dio cuenta de que aquella melena rubia, tono cerveza pilsen, que cerraba la cancela y se perdía tras el seto podía haber estado en manos de las brujas, y que ella, Ingrid, la consul responsable de la comunidad sueca, la matriarca sonriente que ayudaba y recibía los elogios unánimes de todo su rebaño, la había abandonado cuando más la necesitaba.

Todavía faltaba algo más de un mes para que todo ocurriera, pero, de repente, asaltado por aquel recuerdo, el mundo de Ingrid se enrareció.